

## LOS LIBROS

DESDE LA RIBERA OSCURA. *Fernando Vela*: «EL FUTURO IMPERFECTO».

«He tomado, para agrupar estos ensayos heterogéneos, el título de «El futuro imperfecto», con que en enero de 1912 acometí en el diario *Luz*, de Madrid, una sección de notas dispares que publico en último lugar de este libro. Alude a los signos de cosas venideras, a los esbozos embrionarios de tiempos próximos, que ya se perfilan en el presente». Así nos dice Fernando Vela en una nota preliminar. Aunque—como conviene a un buen título—nos da más de lo que promete su nuncio, es certero, sin embargo, el rumbo que su indicación nortea. Su trío de palabras se unce bien—troika—al carro ligero de estos ensayos peregrinos. Pues al cabo se trata de un raro libro de gérmenes y genios, de cifras y señales: gnómico y gnomónico a la par. Aquí oficia un vidente.

¿Cómo un hombre que elabora a brazo su vida puede permitirse lujos de soledad y reservarse un cenobio recatado, la saetera misteriosa de una torre oculta, y entre la agitación de una actividad insuperada encontrarles también una escondida margen de fértil noche al bajo amanecer y a la mañana desatada sobre el mediodía y a la tarde que atardece sobre el ocaso lento de estas latitudes? Sólo podemos responder que nos hallamos ante uno de tantos enigmas del espíritu. Se nos ocurre pensar, a veces, si será Fernando Vela siempre el que tenemos delante. ¿No se nos escapará en zambullidas instantáneas, su-

plantándose a sí mismo en la ausencia, como un folletinesco doctor Mabuse? Quisiéramos espiar sus evasiones, sorprenderle en flagrante, robarle su trick maravilloso. Pero acaso es víctima él mismo: ¡esa angustia de su expresión que se inmoviliza! Angustiado, hechizado, emboscado en su pudor, no entregará fácilmente su secreto a una habilidad. Sin embargo, su libro último nos ofrece una clave de iniciación, riesgo y emociones de descubrimiento. Con tino hemos de avanzar por sus crujiás, sin fiarnos de engañosas tersuras.

Se recluye en la sombra. Sólo deja llegar hasta su cepo armado frías luces de reflexión para arrancarles una cifra embozada (su historia undívaga) y en parte o en todo descifradas, inertes, maniobrar en su foco y darnos un signo de vida en tenuidad hecha aliento, instrumento acaso, como en el cuadrante lunar el duro estilo inmóvil, hecho soplo elocuente, se proyecta y deriva. Pero en su saetera misteriosa anida el rayo también y de ella parten, en su hora, ávidos y deslumbrantes, mudos rebatos de luz, armas blancas que él vela como un templario. Si la profecía es por naturaleza tonante y contundente, la videncia es penetrante y tácita. Por eso al hacerse intensa en su momento la palabra de este operador recóndito—al que aun ocultan más sus soles de artificio—no cobra grandes acentos la expresión: deflagra, silente casi, en claridades, en aéreo abanico se abre la ráfaga de su elucidación lanzada en sondco enorme a todas las profundidades de la vida, domado el fulgor y dócil—neblí orteguiano—a la mano cetrera. Si se recluye en la sombra este moderno vidente, es por oficio de claridad. ¿Cómo de otra manera podría su visión cobrar tal nitidez? El nos ha hablado (1) de cómo «a veces, en los puertos, a las altas horas de la noche se ve un haz de luz errante por el cielo. Un oficial de guardia sobre la cubierta de un acorazado se entretiene haciendo girar un proyector; ilumina una torre, la ese de un camino lejano, una aldea

---

(1) «El Arte al Cubo», p. 45-46.

en un pliegue de la montaña; después, cansado ya de las realidades terrestres, dispara la claridad hacia las estrellas». Así puntea él mismo su exposición «desde la ribera oscura». Procede por destellos.

\* \* \*

Para un escritor como Fernando Vela, tan inesperado y aparte —puede decirse que, así y en tal momento, único— falta la referencia y sobra la confusión entre nosotros. ¡Pero no hay confusión posible a una visión perspicaz! ¡Cómo va a confundirnos la falsificación que pulula y su contrahecho tosco, si cabalmente es lo que aquí nos procura el fondo violento del contraste? Pero es indudable, eso sí, que carecemos de la referencia conveniente para una justa y fina valoración. «No hay enemigo» y esto es terrible. Porque únicamente queda el desolado recurso de la espera desesperada para ver cómo la propia obra prende en los espíritus. Y no habrá simulación que disfrace bien este anhelo tan humanamente entrañable. «A fuerza de tiempo» ha de decirse, como siempre, pero aquí más que nunca y nada más que así (¡nada más que así!). Entretanto se ha de ser el último por ser solo, por ser paradójicamente el primero donde no hay segundo. Falta, en estos raros casos, el entrenamiento de la competencia viva y falta la emulación de la rivalidad auténtica. Así, suele acabarse luchando, como sea, por «otra cosa», que ni siquiera interesa, que acaso repugna. O que, tocando escasamente lo íntimo inalienable, cae ya dentro de lo protestativo de la propia capacidad. Entonces se llega incluso a adquirir fama «por lo que no se es», situación la más estérilmente peligrosa en que puede encontrarse un hombre de espíritu. Lo secundario asume el papel principal en la vida (siempre ocurre esto «un poco») y será difícil evitar que se perpetren sangrías destructoras en el cauce vital de las energías espirituales. (Eso si no sobreviene la paralización de la neurosis). En este robo con fractura,

lo secundario es el ladrón. La humana actividad tendrá entonces algo de la rotación en el vacío de los motores desembragados y cabe decir, sin hipérbole, que la salida de este círculo es ya cosa de taumaturgia, trance y hazaña de heroísmo. Todos sabemos que luchar contra esa oquedad, imagen de la nada misma, es algo infinitamente más terrible que luchar contra obstáculos naturales y sobrenaturales, contra dioses y hombres y alimañas.

\* \* \*

Si fáustico por un lado, es muy español por otro Fernando Vela, para encerrarse en hermética sabiduría y ciencia solitaria. Nadie menos libresco. Es hombre de tabaco fuerte y—como Sócrates—«trata de aduaneros y gente de mar». A veces más de lo que quisiera, hay que decirlo. En todo caso es de singular elocuencia aquí el hecho de que puesto Vela en trance de contestar a la disparatada pregunta «¿que tres libros llevaría usted a la isla desierta?», fuese su respuesta la más breve, la más natural y la más simple: «ninguno».

Así, el ensayo «Orientaciones últimas de la filosofía»—primero del libro—es más que pura exposición científica, en realidad es uno de los más diáfanos y sucintos itinerarios del moderno pensamiento filosófico que se haya escrito en una lengua europea, y es, al mismo tiempo, un relato dramático de tremenda intensidad. «Pues señor, hacia mediados del siglo XIX reinaba en la filosofía como rey todopoderoso...» (p. 79), no es mera casualidad que el discurso adopte estos modos de narración, de cuento, y que tome incluso posturas apológicas y en sus fantásticas jornadas haga altos de cesura para posar en el humilladero de la sentencia, pues se trata en el fondo de una gran aventura única con su caudal palpitante de enseñanzas, pero tan ricas de vital aliento, que, en momentos, diríanse tibias de gestación. Por manera que se podría intentar un florilegio gnómico, breve y leve, lo más remoto al sentido de esa espantosa

marchitez escolar, tan inerte y desvaída, que ni daño hace siquiera y ni con sangre ha entrado en el espíritu nunca. Pero es el espíritu mismo en flor lo que, con viva paradoja de eternidad recién nacida, se nos ofrece en este relato maravilloso, y por eso, aunque sea una mutilación, es literalmente posible el florilegio. Menos que un intento ha de verse en estas citas al azar cobradas: «El filósofo es el terrorista intelectual que se destroza a sí mismo, cuyas ideas se destrozan a sí mismas». (p. 30-31). «El hecho de que algo pase y se quede atrasado es una refutación mucho más profunda de la que podamos hacer con razonamiento y silogismos. Es una refutación vital. Más aun: una refutación cósmica», (p. 33). «La vivencia se posee a sí misma total y absolutamente. El ojo que no se da cuenta de que ve, sino simplemente ve. Ni siquiera puede decirse que lo vivido es dado». (p. 42). «...la fenomenología se considera como el verdadero positivismo, el positivismo de los positivismos». (p. 49). «Sujeto y objeto no son más que dos abstracciones practicadas en una realidad, en la realidad primaria de la conciencia». (p. 63). «...los valores son de distinto rango y estos rangos forman una jerarquía objetiva, independiente de nuestro capricho». (p. 68). etc. Pero es el bordoneo del relato, sobre todo, lo que en este peregrinaje nos da el paso y la pasión. Aparece jalonada la vía y signada a trechos por una rotulación sugestiva que se queda corta deliberadamente, porque es un aviso, una alerta más bien: «¡Guarda!», «¡Achtung!»... En la página 46 el rótulo dice así: «Salida al aire libre». Y a continuación se nos recuerda, se nos hace ver, retrospectivamente, en un tácito «considera, alma», que «hemos tramontado una gran cordillera filosófica. Subíamos, subíamos fatigosamente, el aire se enrarecería, nos faltaba. No es una imagen caprichosa: nos faltaba de veras». «...Ahora (el pensamiento) va a apresar objetos, verdaderos objetos, seres, verdaderos seres», se nos avisa poco después. Al doblar la página 74 el camino se nos encorva para iniciar su entrada en el gran miradero que se

anuncia con estas palabras: «Yo soy yo y mi mundo, decía José Ortega y Gasset, en su primer libro, allá hacia 1914. Y éste es el nuevo pensamiento fundamental, cuyas figuras máximas—si bien discrepantes en puntos muy esenciales son en Europa, Martín Heidegger y nuestro gran pensador, que, con razón, reclama para sí la prioridad cronológica de las ideas básicas de la nueva filosofía». A partir de este momento hostiga el narrador los tiempos de su historia. La cota 78 nos devuelve hecho eco en el tornavoz de su vertiente la palabra fulgurante y clara—lumbre y luz—de gran zahorí de Castilla: «la razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital». La doctrina orteguiana es donante, pero imperiosa. Su voz es de dádiva y de mando a la vez y vence convenciendo y al persuadir, acaso dicta. El cronista de mañana repetirá la historia: «Pues señor, hacia principios del siglo XX reinaba en la filosofía como rey todopoderoso...» El cronista de hoy nos entra con la historia en sus dominios y le oímos ya. Una dramática emoción de desenlace nos tiene el ánimo. «... paradoja de la vida es que mi vida de ahora es mi futuro. Vida es futurición». (p. 79). «Es el carácter finito, defectuoso, menesteroso de nuestra vida lo que nos obliga a buscar el ser de las cosas». (p. 82). «El ser de las cosas nace en la existencia humana. El ser de las cosas es algo que les brota a las cosas ante un sujeto existente». (p. 83). «Descartes decía: pienso, luego existo; existo puesto que pienso. Hoy decimos al contrario: pienso porque existo con este género de existencia breve, menesterosa, mísera, defectuosa». (p. 84). «...nuestras verdades tienen que ser algo que no son hoy, tienen que ser necesidades, creencias. Nuestra vida tiene que ser destino. Nuestras ocupaciones, vocaciones»... Se acelera el relato con un intenso vivir, como si fuera el paso de la vida misma lo que nos acompañase y como si el narrador de ágora, abandonándose y olvidándose en trance de vital embriaguez, cerrase la mano atezada igual que una víscera que se

contrae sobre el parche bayo y golpease ya a puño, a jadeantes pulsadas, a latidos contra un pecho.

\* \* \*

Habría que escribir un libro sobre este libro y mi propósito modesto es aquí dar aviso a mis compatriotas de la aparición de esta rara obra de Fernando Vela, el formidable escritor que hasta por su abolengo familiar nos debe ser familiar a los chilenos. Lo pide nuestro egoísmo nacional y nuestro instinto cultural lo exige. Pero quedará procermente servida también nuestra apetencia de altos deleites espirituales, que en el capítulo titulado «Charlot», por ejemplo, encontrará tal vez la más fina prosa que se haya escrito en castellano moderno.

Deliberadamente omitimos el referirnos a todos los aspectos de esta obra breve y múltiple, dejando virgen al lector la fruición incomparable de la sorpresa. Y la satisfacción única de conocer por sí mismo a un escritor sin segundo.—RAMÓN DE LA SERNA.



LOS GRANDES MAESTROS DE LA LITERATURA UNIVERSAL, por el profesor *Isaac J. Barrera*.

El señor Isaac J. Barrera es profesor de la Universidad Central del Ecuador y los trabajos que componen el presente volumen forman parte de las clases que dictara en la Facultad de Filosofía y Letras del referido establecimiento educacional en la cátedra de Historia de la Literatura Universal. Además, el señor Isaac J. Barrera es un escritor de abundante y variada labor, contando en su haber con obras numerosas, siendo las más consagradas a estudios históricos relacionados con la literatura; ena de ellas analiza la influencia de la literatura francesa en la ucuatoriana a través de la poesía de Alberto Samain. Ha culti-